

El desarrollo desigual de México en el TLCAN¹

Josefina Morales²

El subdesarrollo de México

El proceso histórico del capitalismo mexicano, que se volvió el modo de producción dominante desde el porfiriato, en el último cuarto del siglo XIX, ha estado determinado por dos procesos simultáneos, el desarrollo del capitalismo a escala internacional, en el que los Estados Unidos se volvió la potencia hegemónica durante la primera mitad del siglo XX, y por la dinámica nacional de la formación socioeconómica del país.

Diversas perspectivas de la teoría social latinoamericana, entre los años sesenta y setenta, contribuyeron a la reflexión teórica marxista que permitió comprender el proceso del capitalismo latinoamericano como parte estructural del sistema capitalista mundial, caracterizado por su dependencia y subdesarrollo. Subdesarrollo que no se planteó como equivalente al estancamiento, sino como un desarrollo desigual que reproducía la desigualdad social y estructural, el atraso y la dependencia, ya que históricamente su dinámica fundamental respondía a los procesos de acumulación del capital de los países metropolitanos con los que el capital nacional más dinámico se asociaba o subordinaba.

Podrían destacarse tres ejes de la teoría latinoamericana del desarrollo: la dependencia y el subdesarrollo determinados por el proceso de acumulación estructuralmente subordinado al de la acumulación del capitalismo metropolitano; el subdesarrollo latinoamericano determinado en primer lugar por el intercambio desigual entre las metrópolis y la periferia; y el curso propio de la dinámica interna del capitalismo nacional.

En la primera destacó el aporte de Ruy Mauro Marini que centró su análisis en el proceso de superexplotación, como eje del proceso de acumulación dependiente, al señalar que fueron las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo, pagada por debajo de su valor, las que permitieron un enorme excedente que no pudo ser retenido y acumulado en nuestros países, sino que fue traslado masivamente al circuito de acumulación del gran capital extranjero; otros autores sobresalientes fueron Paul Baram

¹ Ponencia revisada, de la presentación realizada en el VII Encuentro internacional de economistas sobre globalización y problemas del desarrollo, La Habana, febrero de 2005.

² Investigadora titular del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

y Alonso Aguilar que enfatizaron la transición de la fase de la libre competencia a la monopolista, imperialista, del capitalismo desarrollado como determinante de las características de subdesarrollo del capitalismo latinoamericano –deformación, atraso, desigualdad, expropiación-; la CEPAL, encabezada por Raúl Prebisch contribuyó al estudio del impacto del intercambio desigual en nuestros procesos económicos. Al mismo tiempo, estos autores e instituciones, como muchos otros, profundizaron en sus aportes al estudiar el proceso del desarrollo del capitalismo en nuestros países, algunos enfatizando la formación del capital que llevó a los monopolios, los grandes grupos industriales y financieros así como su asociación con el capital extranjero; otros dando un peso relativo a la dependencia estructural y siguiendo el patrón clásico de la formación del capitalismo y la burguesía nacional; y otros, por el contrario, caracterizando al proceso capitalista e imperialista sólo como un proceso externo.³

En el caso mexicano, un país con cerca de dos millones de kilómetros cuadrados con grandes recursos mineros que la metrópoli española expropió masivamente, una nación con una rica historia de luchas por su liberación, de resistencia, trabajo y acumulación, con tres revoluciones de trascendencia histórica, como la guerra de independencia, la reforma y la Revolución Mexicana, sin ignorar la resistencia frente a la invasión de Estados Unidos, que robó la mitad del territorio mexicano, y a la invasión y el imperio francés, el desarrollo del capitalismo mostró, después de la Revolución Mexicana, tanto sus potencialidades de crecimiento como las limitaciones estructurales que reproducen la dependencia y el subdesarrollo.

La reforma agraria, la recuperación de los recursos nacionales, particularmente del petróleo en manos del capital extranjero, y la participación del Estado en la modernización institucional del país y en el proceso económico mismo –que fue de la educación y la seguridad social a la creación de empresas industriales de bienes de capital, al crecimiento del sistema eléctrico, el desarrollo del sector petrolero expropiado, el financiamiento de las diversas actividades económicas y la creación de infraestructura urbana, de comunicaciones y transporte– permitieron un crecimiento económico sin precedente durante cerca de cuatro décadas, de 6% anual en promedio,

³ Véase de Ruy Mauro Marini y Margara Millán (coords.), La teoría social latinoamericana, México, El Caballito, 6 tomos, 1994-1995.

y la transformación social y regional del país, sin resolver, sin embargo, las características estructurales del subdesarrollo, al contrario, reprodujeron los desequilibrios estructurales de la economía y las desigualdades sociales y regionales que han caracterizado nuestra historia.

El “milagro mexicano” presidido por el proceso de industrialización de sustitución de importaciones registró en México un importante desarrollo, ya que México tenía el recurso estratégico fundamental, el petróleo, y una incipiente industria petroquímica; había realizado una reforma agraria y una activa política agropecuaria –infraestructura, precios, financiamiento y comercialización– que permitió el crecimiento de la agricultura, tanto para el mercado interno como para la exportación; había contribuido al desarrollo industrial con la creación de empresas públicas como la Comisión Federal de Electricidad, Altos Hornos de México, *Fertimex*, e impulsado el financiamiento para el desarrollo con la banca especializada como la Nacional Financiera, el *Banrural* y el Banco Mexicano de Comercio Exterior. Sin embargo, el modelo de industrialización seguido reproducía el clásico proceso de la revolución industrial inglesa buscando el desarrollo de las industrias de bienes de capital –acero, metalurgia, maquinaria pesada– y de la planta industrial en general, sobreprotegiendo al mercado interno, es decir, al capital industrial que producía para el mercado interno.

Este desarrollo propició una infraestructura institucional en salud, educación e infraestructura urbana así como la acumulación de capital expresada en la formación y consolidación de grupos industriales, que de ser de inicialmente regionales, hacia los años sesenta y setenta se convirtieron en poderosos grupos financieros nacionales pues alcanzaron un alto grado de acumulación en diversas actividades que mostraban una profunda y amplia integración vertical y horizontal.

Sin embargo, los desequilibrios estructurales, tanto en el sector externo como interno, se reproducían y se volvían determinantes de la dinámica económica, destacando la debilidad financiera del Estado que lo llevó al creciente endeudamiento externo, el déficit público y el creciente peso del capital extranjero en las actividades industriales más dinámicas. Al mismo tiempo el capitalismo mexicano, como sistema social de explotación que lo define, reproducía en forma ampliada las desigualdades sociales, la concentración de capital y la pobreza de la mayoría de la población y ya

desde mediados de los años sesenta empezó a mostrar sus limitaciones, primero en la agricultura, después en el sector industrial y se precipitó en una crisis profunda con la crisis de la deuda externa y la caída de los precios internacionales del petróleo a principios de los años ochenta.

El subdesarrollo de México entre la crisis y la globalización

La crisis de alcance histórico por la que atraviesa el capitalismo mundial mostró las limitaciones del patrón anterior de acumulación y ha sido estudiada desde distintas perspectivas teóricas, entre las que destacan la de los largos ciclos Kondratiev, la del cambio del régimen de regulación y la del cambio de patrón de acumulación. Es una crisis sistémica que se manifiesta en las distintas fases del ciclo de reproducción, ya sea en el proceso de trabajo, en el denominado modelo fordista, ya en el ámbito monetario-financiero, en el de la circulación en el ámbito nacional, en el régimen de regulación institucional nacional o en las instituciones internacionales creadas después de la segunda guerra mundial (ONU, FMI y BM).

En el caso mexicano la crisis se desata en el ámbito monetario, con la devaluación de 1976 que acelera un proceso inflacionario paralelo a un lento crecimiento de la inversión privada que se mostró desde los primeros años de la década de los setenta y que provocó un incremento de la inversión pública a costa del endeudamiento externo; esta situación llevó a la primera renegociación de la deuda externa y la firma del primer acuerdo de intención con el FMI en 1976 y a su continua ratificación trianual desde entonces..⁴ Sin embargo, el descubrimiento de riquísimos yacimientos petroleros, coincidentes con el *boom* de los precios internacionales, contuvo la crisis estructural y permitió un crecimiento dinámico entre 1978-1981, del 8% en el último año, sostenido en los cuantiosos recursos de la exportación petrolera y el endeudamiento externo estratosférico que pasó de 20 000 millones de dólares en 1976 a cerca de 72 000 millones en 1982, 80% de deuda pública.

Los conocidos procesos de ajuste estructural, producto de las condiciones de la renegociación de la deuda conllevaron un proceso de larga crisis que caracterizan a más de dos décadas de lento e inestable crecimiento, con recesiones recurrentes

⁴ Véase de Paulina Irma Chávez Ramírez, Las cartas de intención y las ppolíticas de estabilización y ajuste estructural de México: 1982-1994, Premio Jesús Silva Herzog, 1994, México, IIEc-UNAM, 1996.

(1982-1983, 1987, 1995, 2001-2003). Es en esta larga crisis en la que se desenvuelve la reestructuración de nuestra economía, la nueva inserción de la economía mexicana al mercado mundial con su frágil encadenamiento en las cadenas globales de producción y la apertura del mercado interno, reorganizando la participación de la fuerza de trabajo en la división internacional del trabajo y redefiniendo la participación del Estado en el proceso de acumulación y reproducción del capitalismo nacional; todo lo cual se ha traducido en un profundo proceso desnacionalizador al rematar la riqueza pública que en gran parte ha terminado en manos del capital extranjero y en una polarizada concentración de la riqueza nacional frente a la miseria extrema de la mayoría de la población.⁵

El nuevo patrón de acumulación,⁶ impulsado desde la crisis de la deuda externa en 1982, tiene cinco ejes fundamentales: la reestructuración del Estado vía las privatizaciones, la reducción de la inversión estatal y la desregulación institucional; la apertura indiscriminada del mercado interno que ha propiciado el flujo de mercancías y capitales extranjeros; la reorientación de la producción hacia el mercado exterior con el crecimiento de la exportación manufacturera que caracteriza al nuevo modelo y en el cual la maquila, que realiza más de la mitad de esa exportación es, de hecho, el eslabón más débil de las cadenas globales de producción; la flexibilización, precarización, de la fuerza de trabajo como eje central de la acumulación transnacional; y el privilegio al capital financiero transnacional vía la privatización de la banca, la desregulación financiera restringida al ámbito monetario, la apertura a la inversión de cartera, el pago de la deuda externa, tanto pública como privada, y el creciente endeudamiento público interno.

Las transformaciones han sido brutales y desiguales, en medio de una reproducción cíclica con recesiones recurrentes y crónico proceso devaluatorio; de lento, profundo y desigual crecimiento resultado de políticas públicas que privilegian el pago de la deuda, el control de la inflación, la estabilidad monetaria y la redefinición del

⁵ Véase el trabajo clásico de Alonso Aguilar y Fernando de 1967, México: riqueza y miseria, México, Nuestro Tiempo y los trabajos de Julio Boltvinik, el mejor especialista actual sobre la pobreza en México.

⁶ Véase de Jaime Osorio, *Crítica de la economía vulgar*, México, UAZ-Miguel Ángel Porrúa, 2004.

Estado vía la privatización de la empresa pública y la imposición de un nuevo régimen institucional, en el caso mexicano con el TLCAN, para facilitar la libre circulación y acumulación del capital trasnacional.

En la dinámica de la inversión se observa una baja del coeficiente de inversión nacional, del 28.5% en 1981 a 18.6 en 1993, resultado de un lento crecimiento de la inversión total y uno desigual de sus componentes, pues mientras se registra una profunda caída de la inversión pública, que representó 43.8% de la total en 1981 y 20.2% en 1993, la privada se contrae ligeramente y la extranjera directa casi triplica su flujo anual, a precios corrientes, que pasó de 1701 millones de dólares a 4 901 millones. Fenómeno paralelo a la salida de capitales vía el pago de los intereses de la deuda externa, que acumula más de 100 000 millones de dólares en esos años.

La recomposición del capital acompaña a este largo proceso, ya sea por la crisis, por la privatización o por la asociación con el capital extranjero, que ha dado lugar a un proceso de trasnacionalización del gran capital privado mexicano que sostiene al nuevo modelo manufacturero exportador.

La reorientación de la producción hacia el exterior no se ha acompañado de una política productiva para el mercado interno, lo que ha creado una nueva polarización estructural entre los sectores exportadores y los no exportadores, baste tener presente que mientras las exportaciones crecieron entre 1981 y 2003, en dólares constantes de 2000, a una tasa media anual de 5.9%, el Producto Interno Bruto, a precios de 1993, lo hizo a una de 2.5% (véase cuadro 1).⁷

El eje de la reproducción del subdesarrollo en la crisis, en el caso mexicano, es la articulación estructural dependiente de la economía nacional a la dinámica de acumulación de la estadounidense, con la que mantiene cerca del 90% de su intercambio comercial internacional.

Esto reproduce los graves y crecientes desequilibrios del sector externo – financiero y de mercancías–; el frágil eslabón en el que se inserta que lo hace vulnerable a la dinámica cíclica estadounidense; el abandono de sectores del mercado interno que no responden a las necesidades de acumulación del capital extranjero; el

⁷ En el cuadro 1 se deflactaron los dólares corrientes con el índice 2000=100, por lo que los datos absolutos del cuadro no son los que generalmente aparecen que se presentan a precios corrientes.

debilitamiento del sector público que antaño fue un eje dinamizador del proceso de acumulación y responsable de una política social que mitigaba la creciente desigualdad del ingreso; y una vulnerable y frágil inserción en la división internacional del trabajo caracterizada por la superexplotación expresada, entre otras cosas, en los bajos salarios insuficientes para garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo y el crecimiento del mercado interno.

Si consideramos, además, que el capitalismo atraviesa por una etapa de transición hacia una nueva fase, caracterizada, entre otros aspectos por una revolución científico-tecnológica que ha cambiado el proceso productivo, el proceso de trabajo, que tiene hoy nuevas ramas de punta en la acumulación y caracteriza a una economía del conocimiento, encontramos que en los países subdesarrollados el rezago tecnológico se reproduce a nuevos niveles de disparidad, contribuyendo a lo que oficialmente se reconoce como la creciente “pérdida de competitividad” internacional de nuestra economía.

Dos características del capitalismo, la desigualdad y la polarización en la distribución de la riqueza, se reproducen en el subdesarrollo mexicano en la crisis con mayor gravedad ante la desarticulación de la institucionalidad alcanzada, tanto en lo económico, como en lo político y social.

El desarrollo desigual de México bajo el TLCAN

.Los cambios en medio de la crisis del previo patrón de acumulación que caracterizó al proceso de industrialización determinado por la sustitución de importaciones y una creciente participación pública en el proceso económico, configuran tendencias inéditas que no acaban de consolidar un nuevo modelo de acumulación que asegure un crecimiento sostenido a mediano plazo. Más de una década de cambios profundos en la estructura social, política y económica de México cuyos alcances no son fáciles de visualizar en la dimensión nacional de un país regionalmente desigual

La estabilización de las variables macroeconómicas monetarias no llevan consigo un crecimiento económico. Los indicadores, a lo más, hablan de un crecimiento moderado entre 1993 y 2004 (2.8% anual) determinado por la profunda crisis de 1995 y el práctico estancamiento de los primeros tres años del sexenio del cambio (0.6% de crecimiento anual) matizado por el crecimiento de 4% de 2004, lo que da un pobre

desempeño en el PIB *per cápita* (1.4%) en el gobierno del cambio. Tasas lejanas de las registradas durante el milagro económico que fueron del orden del 6% anual, por lo que podríamos hablar de un crecimiento raquítico.

También se destaca la acumulación de reservas internacionales por un monto de 65 mil millones de dólares, a noviembre de 2005; el control del proceso inflacionario que había vuelto a elevarse significativamente en 1995, 35%,⁸ y que se espera para 2005 menor al 4%, similar a la registrada hacia el final de los años sesenta. A esto ha contribuido la sobrevaluación del peso, una política monetaria restrictiva y una reducción del déficit público, equivalente a 0.5% del PIB, sin tener en cuenta los requerimientos financieros que lo elevarían a 3.5%. Nuestra moneda, continuó con un proceso devaluatorio superior a 70% al bajar de 3.11 pesos por dólar en 1993 a 11.30 a finales de 2003, significando de hecho una sobrevaluación del peso que se acentúa en 2005 al apreciarse significativamente éste.

Durante la primera década del TLCAN el coeficiente de inversión se mantiene abajo del 20% del PIB, al tiempo que su composición ha registrado cambios cualitativos por la caída de la inversión pública y el crecimiento y destino de la extranjera. El flujo anual de inversión privada, incluyendo a la extranjera, apenas aumentó un 33% mientras la extranjera casi duplica su monto y la pública, si bien casi se duplica durante los primeros años de este siglo, representó en 2003 el 23% de la inversión total, proporción que contrasta con el 44% con el que contribuyó en 1981.

En otras palabras, la falta de inversión ha sido manifiesta, del todo insuficiente para compensar la brutal caída de la década perdida que significó un crecimiento negativo entre 1993 y 2003, particularmente grave en la pública, por lo que el promedio del crecimiento anual entre 1981 y 2003 es negativo para la inversión total y la pública y casi insignificante para la privada y dinámica para la extranjera que aprovechó el remate de los activos públicos (véase cuadro 1).

Esta es sin duda la variable explicativa del bajo y desigual crecimiento de la economía mexicana, pues al mismo tiempo avanza la concentración y la consolidación de los grandes grupos mexicanos que se trasnacionalizan, tanto en su financiamiento

⁸ Este dato fue el incremento promedio de los precios, ya que al final del periodo la tasa de inflación fue superior a 50%. Véanse los datos registrados en Vicente Fox Quezada, 4º. Informe de Gobierno. Anexo Estadístico, México, Presidencia de la República, 2004.

como en su producción y distribución donde crece la participación de sus ventas en el extranjero y disminuye el peso del mercado interno. Los diez principales grupos manufactureros del país tenían en 2003, 175 plantas industriales fuera del país, 39% de ellas en Estados Unidos, y algunos de ellos facturaban la mayoría de sus ingresos en el extranjero, tal era el caso de Cemex, la tercera empresa cementera del mundo, el grupo IMSA, siderúrgico, y el Gruma, alimenticio.⁹ Los mineros, tradicionalmente han realizado su mayor producción en el exterior.¹⁰

La concentración de las grandes y medianas empresas se exhibe en todas las actividades: en la agricultura, entre la agricultura de exportación y la de autoconsumo, entre la micro y pequeña empresa con la gran empresa que tienen abismales diferencias en sus estructuras productivas (capitales, innovación tecnológica, administración) y destino de su producción, o entre las cadenas comerciales transnacionales como Wal-Mart, las cadenas de capital nacional que andan asociándose para enfrentar a la primera, con las pequeñas tiendas y mercados de barrio.

Según los datos de los censos económicos realizados en 2003, que excluyen al sector agropecuario, la gran empresa, apenas 2 665 establecimientos de más de tres millones registrados, que emplea más de 500 trabajadores por establecimiento empleaba a la quinta parte del personal total (16.2 millones de personas), generaba el 38.6% del valor agregado, tenía 44% de los activos y paga remuneraciones equivalentes a la tercera del total; y en contraste la pequeña empresa representaba 98% de los establecimientos que tenían apenas el 17.5% de los activos totales, y donde trabajaban 7.9 millones de personas que recibían apenas 18% de las remuneraciones totales, contribuían con poco más de la quinta parte del valor agregado total. La sola relación de activos por establecimiento, valor agregado y remuneraciones por trabajador ilustran estas dramáticas desigualdades.

En el caso de la producción agropecuaria las nuevas formas de dependencia son escandalosas. Basta tener presente la pérdida de la autosuficiencia alimentaria a partir

⁹ Véase de Francisco Vidal, "La geografía del capital mexicano" en Josefina Morales (coord.), México, Tendencias recientes de la geografía industrial, México, Instituto de Geografía, UNAM, en prensa, 15 cuartillas

¹⁰ Véase de la autora, "Trasnacionalización del capital minero mexicano", La minería en México, México, Instituto de Geografía, UNAM, Colección Temas Selectos de Geografía de México, México, 2002, pp. 51-81.

del TLCAN que ha llevado a un creciente déficit de la balanza comercial del sector, a pesar del crecimiento de las exportaciones, y a las nuevas formas de dominación del capital extranjero, vía las cadenas agro-comerciales controladas por las grandes empresas. Esto lo ilustra claramente el funcionamiento de Wal-Mart que se convierte de hecho en uno de los principales distribuidores al menudeo de la producción agropecuaria nacional que controla así la producción de miles de pequeños productores.

El sector público durante el auge petrolero contribuía con 19.4% del PIB y dada la diversidad y naturaleza estratégica de sus principales actividades (petróleo, minería, electricidad, siderúrgica, metalmecánica, petroquímica, fertilizantes, azúcar, ferrocarriles, líneas aéreas, teléfonos, banca, infraestructura urbana y rural así como los servicios de educación y salud), no es exagerado estimar que los activos públicos, representarían poco más de la mitad de los acervos nacionales. Ahora su actividad productiva se restringe al sector energético, el cual está en proceso de privatización a través de diversos mecanismos anticonstitucionales, ilegales, como los contratos de servicios múltiples; proceso que se quiere culminar con los cambios constitucionales para formalizar la participación de la inversión extranjera.

No es fácil comprender el alcance, en el caso mexicano, de la privatización de la empresa pública creada después de la Revolución mexicana, entre 1934 y 1981. Entre los efectos más importantes está la ruptura de las cadenas productivas que parcialmente se habían alcanzado con el proceso de sustitución de importaciones, como algunas agroalimentarias –azúcar, leche y café, por ejemplo- y otras industriales, entre las que destacan la petroquímica y la siderúrgica-metalmecánica y de bienes de capital. Asimismo ha contribuido a la mayor concentración y centralización de capital, a la formación de nuevos grupos monopolistas y de capital financiero nacionales¹¹ y a la expansión del capital extranjero trasnacional en el país. El Grupo Carso, por ejemplo, de Carlos Slim, el empresario más rico de México y América Latina y uno de los más ricos del mundo, según la revista Forbes, se desarrolló a partir de su adquisición de

¹¹ Véase, entre otros, Elvira Concheiro Bórquez, El gran acuerdo. Gobierno y empresarios en la modernización salinista, México, IIEc-UNAM-Era, 1996 y de Carlos Morera, El capital financiero en México y la globalización. Límites y contradicciones, México, UNAM-IIEc-ERA, 1998.

Teléfonos de México; el Grupo San Luis, antaño minero, se transformó en uno industrial, proveedor destacado de autopartes para las empresas trasnacionales a partir de la adquisición de una empresa pública; la formación de nuevos grupos azucareros entrelazados con la producción de bebidas; o la formación del Grupo Autrey que adquirió las empresas siderúrgicas y que hoy está en quiebra.

El abandono de políticas públicas industriales, incluido el sector energético, y de desarrollo regional se suma a la crisis de las regiones donde antaño se ubicó la empresa pública. Tal es el caso de Veracruz, centro neurálgico petrolero y petroquímico del país, de Hidalgo, donde en Ciudad Sahagún se localizaba el más ambicioso proyecto de producción de bienes de capital creado en los años cincuenta, o de Nayarit que sufre el impacto del abandono del sector tabacalero.

La privatización de la banca fue un proceso escandalosamente fraudulento, como lo demostró la quiebra a corto plazo de la banca en 1995 y que llevó a su rápida desnacionalización con su traspaso al capital extranjero y, sobre todo, al “rescate bancario” que ha dejado hipotecado al país con una deuda interna que es ya similar, si no es que superior, a la deuda externa pública.¹²

La reinserción de la economía mexicana en la economía internacional que significó a través del TLCAN una articulación más profunda con el proceso de acumulación del capital trasnacional estadounidense ha generado nuevas formas de dependencia que han provocado un proceso creciente de desnacionalización, incluso de su sistema financiero y la enajenación del territorio nacional, como es el caso de los ferrocarriles, con su derecho de vía, hoy en manos del capital estadounidense.¹³

El peso del capital extranjero ha crecido cualitativa y cuantitativamente durante la última década, de representar el 3% de la formación bruta de capital en 1995 alcanza el 15% en 2003. El flujo anual de la inversión extranjera directa (IED) registró, a precios de 2000, una tasa de crecimiento medio anual de 6.2% que es casi ocho veces el pobre desempeño de la inversión total en el país; ha tenido un flujo anual promedio de 14 000 millones de dólares, destacando el de 2001, superior a los 22 mil millones de dólares,

¹² Véase el trabajo reciente de Mario Alberto Di Constanzo, El saqueo a los mexicanos: entender el rescate bancario para impedir otro Fobaproa, México, Grijalbo, 2005.

¹³ Véase de John Saxe-Fernández, La compra-venta de México, México, Plaza y Janés, 2002.

cuando Citibank adquirió el banco más grande del país sin que se pagara por dicha transacción un solo dólar de impuesto

Durante la primera década del TLCAN se acumuló un total de 143 478 millones de dólares por IED, a precios corrientes, los que en gran parte se han destinado a adquisiciones de empresas o al incremento de su participación directa en las grandes empresas privadas del país. De ése total, 58% se registra como nueva inversión, 18% como reinversión de utilidades y 10.5% como cuentas entre compañías. También se ha registrado un cambio cualitativo en su destino, al absorber ahora el sector financiero cerca de la quinta parte, más del 10% el comercial y 5% transporte y comunicaciones (véase cuadro 2).

Vale la pena resaltar que en los primeros cuatro años del gobierno de Fox, del gobierno del cambio que ha presumido ser un gobierno de empresarios para empresarios que ha seguido la política macroeconómica de la administración de Zedillo, al que reconoce la estabilidad macroeconómica, ignorando la crisis del 1995 y sus secuelas en el endeudamiento público, y más aún el que el origen de esa política económica neoliberal son los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional bajo la renegociación de la deuda externa, el desempeño de la economía mexicana ha sido precario, apenas 1% del PIB *per cápita*, práctico estancamiento de la inversión, caída de la inversión privada, tanto nacional como extranjera, gran caída de la tasa de crecimiento de las exportaciones, compensado con un crecimiento extraordinario de las remesas de los trabajadores mexicanos en el extranjero y un crecimiento del 5% anual de la inversión pública. Y bajo el control restrictivo de ciertas variables monetarias, si bien se mantiene bajo el índice de inflación, alrededor del 4%, no se han logrado las metas establecidas. Sin embargo, se mantiene el objetivo de lograr las reformas denominadas de segunda y tercera generación como la reforma fiscal regresiva, la privatización de los energéticos, la mercantilización y privatización de la salud, la seguridad y la educación públicas.

Las actividades más dinámicas están en manos del capital extranjero, la banca, casi en su totalidad es extranjera, cerca del 75% de los establecimientos maquiladores que emplean alrededor del 90% del personal está en manos del capital extranjero, la

industria automotriz es extranjera, y es creciente el peso de la IED en las empresas exportadoras y en el sector del transporte y las comunicaciones.

Los grandes capitales nacionales se asocian en mayor medida con el capital extranjero a través de las llamadas alianzas estratégicas, de inversión directa, de financiamiento en la bolsa mexicana de valores y en el mercado internacional a través de la colocación de bonos o créditos bancarios lo que ha elevado su deuda externa a más de 50 mil millones de dólares.

Esto significa una mayor concentración de la riqueza, del capital, que adquiere nuevas formas de acumulación en los grupos financieros que hoy controlan la banca, las casas de bolsa, actividades industriales, de comunicación y de servicios. La banca en México, hoy trasnacional en su mayor parte pues sólo hay un banco menor nacional, es una intermediaria en el consumo y el sector inmobiliario, pues muy pocos de sus recursos se prestan para el desarrollo productivo; los grandes grupos privados nacionales buscaron su financiamiento en la década pasada en el exterior dados los altos costos del dinero en el país.

El crecimiento profundamente desigual es de advertirse, pues mientras las exportaciones manufactureras crecieron de 1993 a 2003, a una tasa media anual de 10.2%, a precios de dólares de 2000, el PIB lo hizo a una tasa equivalente a la cuarta parte de la de aquéllas,¹⁴ registrando tasas menores la mayoría de las nueve divisiones en que se registra la actividad económica, siendo las más bajas las de servicios comunales, donde tiene un gran peso la actividad pública, la agropecuaria y la de la construcción, y las más altas las correspondientes al transporte y las comunicaciones, los servicios financieros e inmuebles y la de la generación de electricidad (véanse cuadros 1 y 3).

La desigualdad, congénita del capitalismo, adquiere durante el TLCAN nuevas dimensiones que acusan tendencias desarticuladoras de alcance territorial y se expresan en lo social, lo económico y regional. La inserción en cadenas productivas globales de unas tres mil empresas industriales, de centenares de empresas comerciales y de servicios, de los medios de comunicación y transporte conllevan

¹⁴ El PIB, en dólares de 2000, registró una tasa de crecimiento medio anual de 2.6% durante la primera década del TLCAN.

desarticulación de estructuras territoriales y la polarizada incorporación de la revolución científico-tecnológica es abismal, ilustrada con el dato de que apenas mil empresas, de más de tres millones, tienen certificados de calidad.

El crecimiento del PIB, por ejemplo, a nivel estatal presenta una dinámica desigual: el país creció a una tasa media anual de 2.7% en la década de 1993-2003, quince entidades registraron una tasa superior, destacando la mayoría de la frontera norte con tasas superiores a 3.6%, incluido ya el impacto recesivo de la maquila de los primeros tres años de este siglo, y la entidad turística de Quintana Roo; las 16 entidades restantes registraron un crecimiento menor, entre las de más bajo crecimiento están Nayarit, donde el Estado tenía una fuerte presencia con Tabamex, Veracruz, que también tenía una fuerte presencia estatal, Oaxaca y Guerrero que son entidades de muy bajo desarrollo, el DF que es la entidad que más ha sufrido la larga crisis por haber sido uno de los centros del modelo anterior, Tabasco y Sinaloa.

La polarización regional se advierte si examinamos la dinámica del PIB *per cápita*, la cual ilustra que seis entidades tuvieron un crecimiento superior al 2%, destacando Aguascalientes con 3.1%, casi dos veces y media el promedio nacional, mientras 16 de las 31 entidades registraron un crecimiento menor a la media nacional, dos de ellas incluso negativo (véase cuadro 4).¹⁵ Otro indicador mejor para ilustrar las diferencias territoriales es el Índice de Desarrollo Humano, el cual muestra que en el año 2002, más de la mitad de las entidades tenían uno inferior al promedio nacional, destacando los más bajos en las que tenían una fuerte presencia indígena, como Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Hidalgo, Michoacán y Puebla.

Lo cual, insisto, no quiere decir que no se hayan registrado cambios en esas entidades, al contrario, encontramos profundas transformaciones territoriales; lo que significan estos desiguales crecimientos macroeconómicos es la reproducción de la desigualdad social. Por ejemplo, en Oaxaca, mientras se moderniza la carretera México-Oaxaca que ha reducido a la mitad el tiempo en el que se recorre la distancia entre estas dos ciudades, crece la actividad turística en la ciudad de Oaxaca y en Puerto Escondido y Huatulco y se incrementa la actividad industrial en Salina Cruz, las zonas indígenas de Oaxaca, muchas de ellas cafetaleras, sufren una mayor miseria y expulsión de su fuerza de trabajo.

Examinando el PIB industrial es más claro el fuerte impacto territorial del abandono del patrón de acumulación anterior y el nuevo patrón de acumulación de especialización productiva, recesión en entidades donde se localizaba la planta industrial pública y mayor dinámica en las entidades con fuerte presencia de la actividad exportadora.

El modelo manufacturero exportador

Este sector registró la tasa de crecimiento más alta desde 1982, casi multiplicando por seis las registradas por la actividad económica en su conjunto. El rasgo cualitativo diferente es el peso de las exportaciones manufactureras en el total, que del 9% en 1982 representa 90% en 2000 y cuyo valor absoluto pasó de 4 010 millones de dólares a 145 000 en ese lapso; para 2004 se exportaron 160 581 millones de dólares,

¹⁵ Nayarit y Quintana Roo registraron un tasa negativa del PIB *per cápita*, sobre lo que hay que señalar que en Quintana Roo que tiene un alto crecimiento económico, del 4% anual, y simultáneamente un mayor crecimiento poblacional, cerca de tres veces el de la población total.

disminuyendo su participación relativa en el total, 85%, por el incremento de la exportación petrolera, tanto en precio como en volumen, en los últimos dos años.

Se profundiza, por otra parte, la falta de diversificación del comercio exterior, al destinarse alrededor del 90% de las exportaciones a los Estados Unidos.

Sin embargo, es de señalar que su crecimiento, a dólares de 2000, entre 1981-1993 de 19.5% anual, fue superior al registrado durante la primera década del TLCAN (10.7%), ya que esta última incluye una ligera contracción de la exportación manufacturera en los últimos tres años. A pesar de este menor crecimiento, su tasa de crecimiento entre 1993 y 2003 fue más de tres veces la registrada por el valor agregado de la manufactura durante los últimos diez años (véanse cuadros 3 y 5).¹⁶

La industria maquiladora registró el crecimiento más espectacular entre 1980 y 2000, multiplicando el valor de sus exportaciones más de treinta veces, al pasar de 2 519 millones de dólares a 79 467 millones y fue prácticamente la única actividad generadora de empleo, al pasar de 120 000 trabajadores a 1.3 millones. Entre 1993 y octubre de 2000 se crearon 750 000 puestos de trabajo en esta industria, más de 200 000 en la confección y en la de materiales y accesorios eléctricos y electrónicos y más de 100 000 en la de autopartes con una nueva localización hacia Puebla y la península de Yucatán.

Vale la pena destacar que la dinámica manufacturera-exportadora registró una ligera contracción en los primeros tres años de este gobierno, pero tuvo un profundo impacto en la contracción de la actividad manufacturera y particularmente de la maquila, por lo que las altas tasas de crecimiento registradas entre 1993 y 2000 cayeron estrepitosamente; la industria textil, por ejemplo, perdió más del 25% en el valor agregado en los últimos tres años y el de la división de maquinaria y equipo disminuyó alrededor de 15%. Esto significó que registraran un crecimiento promedio anual de la primera década del TLCAN sensiblemente menor. Así, el Valor agregado de la división textil registró una tasa de crecimiento medio anual de 4.6% entre 1993 y 2000 y en promedio de la década de 0.8% y la de maquinaria y equipo de 9.5 y 4.7% en los mismos periodos.

¹⁶ En el cuadro de la balanza de pagos dejamos los dólares a precios corrientes y sólo señalamos, por ahora, que aplicando los deflatores para estimar las tasas a dólares de 2000, las tasas de crecimiento son ligeramente menores.

Las exportaciones totales representaban alrededor de 8.4% del PIB en 1981, 12.9 en 1993 y 28.7 en 2000. Sin embargo, esta dinámica no ha significado un aumento importante del saldo comercial, pues las importaciones han crecido en mayor proporción, pues sólo el sector maquilador registra balanza comercial positiva mientras se mantiene el saldo deficitario de la exportación manufacturera no maquiladora. Lo que en otras palabras significa que la dependencia se profundiza, que la industria mexicana está estructural y subordinadamente enlazada con la industria estadounidense, que los bienes de capital e insumos industriales se importan al tiempo que crece también la importación agropecuaria y de bienes de consumo. El déficit no maquilador muestra el talón de Aquiles del proceso industrial mexicano: pasó de 4 583 millones de dólares en 1981 a 25 478 en 1993 y diez años después a 38 302 millones de dólares (cuadro 5).

Asociado a este sector están las actividades de transporte y comunicaciones, piénsese en el movimiento que implica el volumen de mercancías exportadas e importadas por valor de 340 mil millones de dólares en el año 2000, cuando laboraban 1.8 millones de trabajadores en las primeras y 120 000 en las segundas. El PIB de este sector pasó del 9.4% del total en 1981 y 1993 a 11.4% en el 2003.

Este crecimiento económico lleva consigo un desarrollo territorial desigual, entre el estancamiento y depresión de zonas industriales asociadas al patrón de reproducción anterior y las nuevas donde se localiza la actividad exportadora. El crecimiento desigual es, pues, sectorial, regional, tecnológico y, por supuesto, social. Para ilustrar el fenómeno baste tener presente que tan sólo 138 municipios, de 2 400, concentran el 80% de la producción industrial del país, y en ellos trabajan más de 5 000 personas, en cada uno, y que la actividad maquiladora de localizarse en 1980 en 12 municipios de la frontera norte para el año 2000 se localizaba en 200 en todo el país.¹⁷

Sectorialmente se registra un crecimiento mayor de las industrias de productos metálicos, maquinaria y equipo, particularmente de las ramas de la automotriz (ensambladoras y de autopartes) y de la electrónica, que en lo fundamental es ensambladora; durante los primeros años del TLCAN, otra rama que crece y genera un gran ejército de trabajadores es la de la confección, otra vez asociada a la maquila.

¹⁷ Véase de la autora México. Tendencias recientes de la geografía industrial, libro colectivo en prensa.

Esta industrialización especializada exportadora ha impulsado asimismo un acelerado proceso de urbanización de las ciudades medias del país con vías rápidas que facilitan el tráfico de mercancías y han contribuido al radical cambio en la configuración regional del país. Mientras la población total del país creció 1.8% por año entre 1990 y 2000, Ciudad Juárez y León lo hicieron 4.3%, Tehuacán 3.8 y Hermosillo 3.1%. En estas ciudades maquiladoras se reproduce con mayor rapidez la problemática urbana característica del subdesarrollo: la insuficiencia de vivienda y servicios públicos, la contaminación ambiental, la miseria, el comercio informal de los vendedores ambulantes, la inseguridad creciente y la criminalidad cada vez más organizada y violenta que conlleva el narcotráfico y el contrabando. Las 400 mujeres asesinadas en ciudad Juárez en la última década, más de la mitad trabajadoras de la maquila, son una herida abierta en la conciencia nacional.¹⁸

En el sector exportador y en las actividades conexas de servicios (transporte, comunicaciones, banca) se registran los procesos más avanzados de modernización, donde se han puesto en práctica los nuevos procesos de trabajo, de la organización de la producción y el transporte, para garantizar el justo a tiempo, cero inventarios y nuevos niveles de productividad competitivos y puede estimarse que el número de trabajadores en el sector exportador en su conjunto (agricultura, minería, petróleo, manufactura) alcance los dos millones de personas, más los de servicios, con lo que podríamos estimar que cerca de 3.5 millones de trabajadores están asociados en forma directa con el sector exportador, menos del 10% de la PEA total.

El sector externo se convirtió así en el eje del patrón de acumulación con un talón de Aquiles: su precaria integración nacional. El mejor exponente de este proceso, el sector maquilador apenas si tiene 3% de sus insumos de origen nacional y ha entrado en una crisis a lo largo de los últimos tres años cuya naturaleza y alcance está por definirse.

La manufactura mantiene su contribución al PIB en poco más de la quinta parte y el cambio estructural que se registra con el crecimiento de la división de maquinaria y equipo que contribuye ya con más del 35% del PIB industrial es producto del peso de la

¹⁸ Véase de Dalia Barrera Bassols, "Las muertas de Ciudad Juárez. Reflexiones desde el punto de vista de género", en Contrahistorias. La otra mirada de Clío, México, no. 4, marzo-agosto de 2005, pp. 49-54.

industria maquiladora de partes eléctricas y electrónicas y de la industria automotriz y de autopartes. La dinámica de esta última es sin duda el cambio cualitativo más significativo del proceso industrial: la producción automotriz que reorientó su producción hacia el mercado exterior desde principios de los años ochenta, duplicó su exportación de 1993 al 2000, al enviar al exterior más de un millón de automóviles, ocupando a cerca de medio millón de trabajadores; en los últimos tres años la producción bajó de 1.7 millones de unidades a 1.2 millones. Dominada por el capital trasnacional, tiene un fuerte sector maquilador y dos o tres poderosos grupos nacionales de autopartes (DESC y Grupo San Luis) que se han convertido en proveedores certificados de las trasnacionales.

En la otra cara de la moneda de este proceso de acumulación de capital está la ruptura de cadenas productivas nacionales que ha implicado, por ejemplo, un profundo problema agrícola que se expresa en la producción insuficiente de alimentos con el consecuente saldo negativo de la balanza comercial agropecuaria y el lacerante proceso de la migración rural que ahora se acompaña de la urbana hacia los Estados Unidos; y los profundos cambios que conlleva el llamado proceso de flexibilización laboral, de producción flexible, del justo a tiempo y cero inventarios, acompañados de salarios que han perdido su poder adquisitivo, de pérdidas de prestaciones laborales, un déficit acumulado de empleos y en general de la precarización del mercado de trabajo.

Lo que se acompaña de una ausencia de política industrial a pesar del peso que tiene la inversión privada nacional al tiempo que se dan los mayores incentivos al capital extranjero.

La vulnerabilidad del patrón de especialización se exhibió en los primeros años del actual gobierno, ya que la crisis de la economía de Estados Unidos y las políticas proteccionistas después del 11 de septiembre del 2001 provocaron la pérdida de 230 000 empleos en el sector maquiladora, cerca del 40% de los puestos de trabajo creados durante los primeros siete años del TLCAN, afectando a las ramas más dinámicas y registrando una profunda incidencia local en las principales ciudades maquiladoras del norte del país.

El sector financiero, mimado del régimen

El sector financiero y de actividades inmobiliarias y de alquiler elevó significativamente su contribución en las últimas dos décadas, de representar 11.9% del PIB en 1981, alcanzó 15.8% en 1993 y 17% en 2003, la tercera parte generada por el financiero y el resto por la intensa actividad inmobiliaria que ha cambiado el paisaje urbano de las ciudades del país con sus nuevos complejos comerciales y la proliferación de conjuntos habitacionales para los sectores medios con polarizado poder adquisitivo.¹⁹

El peso del capital extranjero en el sector financiero es determinante del proceso actual económico; el capital español controla casi la mitad de sus activos y Citibank, estadounidense, adquirió el banco más grande del país en 2001. Una nueva modalidad del capital financiero extranjero es su participación en el mercado de valores que se inicia en 1989 con cerca de 400 millones de dólares, registrando un máximo en 1993 de 28 819 millones de dólares, 7 000 de ellos colocados en los papeles del sector público en el mercado de dinero, fenómeno, que sabemos llevó a la crisis de 1995. El flujo anual de la inversión extranjera de cartera es muy inestable y de 12 000 millones en 1999, registró salidas de capital en el 2000 y en 2004. Se estima el monto total de inversión extranjera en la bolsa en cerca de 100 000 millones de dólares, más de la mitad del valor del mercado.

El proceso de financiamiento del desarrollo, talón de Aquiles de nuestras economías subdesarrolladas, implica tanto la dinámica del financiamiento nacional, público y privado, como el externo. La deuda pública, tanto externa como interna, ha sido, sin duda, el mayor obstáculo para el desarrollo nacional de las últimas dos décadas.

La deuda pública externa se ha mantenido alrededor de los 80 000 millones de dólares, mientras la deuda externa privada, obviamente de los grandes grupos que son los que tienen posibilidades de financiamiento externo, se duplicó y llegó a 56 556 millones de dólares en 2003, lo que ha significado una sangría de recursos acumulados en esa primera década del TLCAN de 137 737 millones de dólares, repartidos, casi por

¹⁹ El sector financiero, con 210 000 trabajadores descendió su participación en el valor agregado nacional de 4.9% en 1993 a 2.3% en el 2000, mientras el de bienes raíces representó 10.9% en 1993 y 9.9% en 2000.

igual, entre el sector privado y el público. La estrepitosa bancarrota de la banca privada nacional después de la privatización, de corta vida, muestra claramente que el gran capital mexicano no requiere, aparentemente, de una banca nacional, ya que su circuito financiero es trasnacional, pero recordemos la crisis argentina para comprender la vulnerabilidad de tal proceso.

Entre 1994-2003, sólo por intereses de la deuda externa salieron alrededor de 127 000 millones de dólares, equivalentes a 95% de la inversión extranjera directa acumulada en el periodo. La IED ha sido realmente insuficiente para compensar el déficit en cuenta corriente que más bien se ha compensado por el envío de remesas, aparte de los ingresos petroleros y turísticos. Tan sólo por remesas de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos, la mayoría ilegales, se recibieron 59 174 millones de dólares en la primera década del TLCAN con una fuerte tendencia creciente en los últimos años, compitiendo con el ingreso petrolero, al que rebasaron en 2004, y superando al del turismo desde hace varios años.

La deuda pública interna ha crecido explosivamente por la quiebra de la banca privada en 1995, cuyo costo lo absorbió el Estado y ahora es un "patrimonio público" que significa un enorme déficit en el presupuesto público. Entre 1995 y 2003 se han pagado al FOBAPROA, hoy IPAB, más de 280 000 millones de pesos. El gasto destinado a la deuda interna se incrementa con el creciente endeudamiento que significan todos los programas de inversión diferida en las actividades energéticas que al mismo tiempo son un proceso privatizador, y representaron más del 12% del presupuesto público en 2003, equivalentes a 29% de los ingresos tributarios.

Las finanzas públicas son precarias, los ingresos fiscales no alcanzan a representar 12% del PIB, la evasión probablemente sea equivalente a una tercera parte de lo recaudado y el crecimiento explosivo del sector informal lleva al gobierno a plantear, una y otra vez, sin éxito, una reforma fiscal centrada en la generalización del impuesto al valor agregado a alimentos y medicinas, hasta ahora exentos, y bajar el impuesto sobre la renta para estimular la inversión, como únicos mecanismos para aumentar los ingresos fiscales.

La desigualdad social, la polarización del ingreso, no por conocida puede dejar de mencionarse, ya que hace de México uno de los países de mayor concentración del

ingreso. El 10% de la población más rica concentra 39% del ingreso monetario, pero de éste apenas 120 000 personas participan en el mercado de valores, con ganancias libres de impuesto alguno. A esta polarización social ha contribuido la política neoliberal de mercantilización de los servicios sociales, salud y educación, la eliminación de subsidios al consumo popular, el incremento del costo de los servicios públicos, como la electricidad, entre otros.

Y, finalmente, el primer eje del nuevo patrón de acumulación, la superexplotación del trabajo, es otro de los determinantes de la reproducción ampliada de la desigualdad social, pues se acompaña de un dislocamiento del mercado de trabajo, de una profunda desestructuración que se expresa en la pérdida de derechos y prestaciones adquiridas, en la falta de contratación colectiva en el sector maquilador, en los nuevos regímenes de contratación flexible que evitan al patrón real la obligación de los derechos laborales vía la subcontratación a través de una empresa prestadora de servicios, y en la gran dimensión del sector informal que se reproduce y pulula por nuestras ciudades.

Perspectivas

El examen realizado del desenvolvimiento económico de México más allá de las variables fundamentales del neoliberalismo muestra que en el país estamos ante la reproducción del subdesarrollo y no en la perspectiva de incorporarnos a los países desarrollados, a pesar de que la ONU registre al país, según el Índice de Desarrollo Humano en los de alto crecimiento, por debajo de Cuba, Costa Rica, Chile e incluso Argentina.

La desigualdad del ingreso, la polarización social, el incremento de la pobreza, del ejército de desempleados y la ausencia de políticas públicas de desarrollo marcan la profunda desigualdad social y regional de este país.

La reproducción del subdesarrollo y la dependencia se manifiestan dramáticamente en los mecanismos estructurales de reinserción subordinada a la economía estadounidense, hoy México es un país exportador de manufacturas, sí, y al mismo tiempo importador de alimentos, de maquinaria y equipo e insumos industriales. El sector exportador registró un gran dinamismo entre 1981 y 2000 pero lo perdió en los primeros años de este siglo; en él predomina el capital extranjero y el gran capital monopolista mexicano entrelazado con el extranjero al tiempo que ha sido incapaz de

articular cadenas productivas nacionales, pues en gran parte la inserción internacional de la industria mexicana se ubica en el eslabón más débil de las cadenas transnacionales de valor.

La reproducción del subdesarrollo se manifiesta asimismo en la insuficiente y desigual modernización tecnológica de la planta productiva nacional, en la ausencia de una política de educación superior, ciencia y tecnología que sea sustento de la reestructuración industrial; y en tener al bajo valor de la fuerza de trabajo como eje de nuestra participación en la división internacional del trabajo.

La dependencia se reproduce extendiéndose a límites que provocan la desnacionalización de nuestra planta productiva, de nuestra estructura económica en general, de la aceptación por los gobiernos neoliberales de las políticas del Fondo Monetario Internacional, en el saqueo acumulado que ha significado el pago de la deuda pública.

Frente a esta situación es urgente una nueva política económica que detenga los impactos negativos del neoliberalismo y empiece una reconstrucción, a mediano plazo, de la economía nacional, pues de no impulsarse esta transformación, los problemas sociales acumulados pueden llevar a México a una crisis sociopolítica de grandes dimensiones a corto plazo.